

claramente y sin figuras retóricas. Alarcon se batió con Quevedo: cada uno de ellos disparaba cuatro tiros y el honor de entrambos quedaba satisfecho. Al otro día Alarcon suprimia el *Látigo* por «razones no políticas» decía. Hasta tal punto llegó el frenesí de los periodistas que el *Diario Español* congregó en su redaccion á los de todos los periódicos para ver la manera de terminar tanto duelo y de sujetar las cuestiones á soluciones que se fiaran menos en la casualidad ó en la destreza y mas en la razon. A Castelar se le nombró secretario de este Tribunal de honor de la prensa. En épocas de trastornos y de transición ocurre siempre esto. Los ánimos se exaltan fácilmente, y lo que se empieza por una niñería se acaba por una provocacion. La revolución llega en cierta manera al alma: y un período de revolución es siempre un período de locura y de vértigo.

## XV.

La idea democrática estaba en los aires, es cierto; pero necesitaba un hombre en quien encarnarse y que tuviera facultades para poder llevarla á todas las conciencias. Habia uno que era muy digno, muy probo, muy consecuente y muy republicano; habia propagado la buena idea por ciudades, villas y aldeas, pero se llamaba Oreñse y en realidad no habia nacido mas que para hablar en lenguaje familiar y contar cuentos, mas ó menos chispeantes. Estaba Rivero, pero Rivero no era mas que un periodista seco y un orador de parlamento: estaba Sixto Cámara, pero Sixto Cámara tenia mas fuego que instruccion, y el fuego

solo no basta: estaba Guisasola, pero Guisasola no sabia mas que convertir su bisturi en bayoneta y escribir frases incendiarias: estaba Garrido, pero Garrido no era mas que un obrero como otro cualquiera del pensamiento, á quien faltaba arte, galanura, poesia, flores en el pensamiento y en el alma: estaban Martos y Pinedo, pero Pinedo y Martos habian aceptado puestos ministeriales, eran oficiales de secretaria, sinome engaño, en el Ministerio de la Gobernacion, dando así muestras de lo que podrian hacer mas tarde: estaban Figueras, Ordax AVECILLA, Sorní y algunos otros, pero á todos les faltaba algo para impulsar, aunque no fuera mas que por unos pocos años, el movimiento democrático, y ser el alma de aquella alma que habia de infundir nueva vida á la España de los fusilamientos de Alicante, de los despilfarros de Sartorius, y de las chocheas de los esparteristas que, soñando siempre con golpes de estado no sabian prevenirse contra el que claramente se veia que los amenazaba.

Hasta entonces Castelar no habia sido mas que un muchacho que hablaba bien, aunque algo gongorino, algo difuso y algo alambicado. Los periódicos le habian llamado «apreciable jóven» y nada mas. Era una esperanza, corriente. Pero nada mas que una esperanza. Faltábanle estudios prácticos, por decirlo así. Un estadista necesita algo mas que la historia: necesita nociones de derecho público, nociones de economía política, nociones de derecho administrativo. Donde mejor se patentizaba su especial talento y su viva imaginacion, era en la tribuna. Allí conmovia y entusiasmaba. A veces hablaba con verdadero lirismo, y el lirismo, por mas que se declame contra él, agrada. Aquella fantasía maravillosa, aquellos

arranques tan enérgicos y tan valientes, aquella frase abundante é inagotable, no podian menos de producir grande y extraordinario efecto. Su edad por otra parte, era un obstáculo tambien para aspirar aun á mas altas empresas. Se le creyó digno de figurar en la candidatura acordada por la prensa liberal de Madrid al lado del venerable San Miguel, del digno Calvo Asencio, y del general Dulce. Figuro tambien en otras esencialmente democráticas al lado del Marqués de Albaida, de Guerra, Olavarria, de Cervera y otros; pero la edad del jóven aun no era á propósito para confiarle la alta investidura de diputado, y esto hizo que fracasara su candidatura.

En la *Discussion* siguió trabajando. Allí puede decirse que se educó y se formó en la política. Estuvo en ella hasta el año 63 en que se decidió á fundar aquella brillante *Democracia* que tan rudos combates sostuvo en favor del individualismo contra la socialista *Discussion* que dirigia ya el grave Pí y Margall.

## XVI.

Los dos años del bienio fueron realmente como el fin de la vida del partido progresista. Mucho habia hecho; el año 12, el año 20, el año 37 eran sus tres glorias, que eran tres fechas solemnes de la libertad. Sus martirios eran sin número, pero habia tenido dos defectos que le habian perdido en otras ocasiones y le iban á perder entonces, su candidez eterna y su constante ingratitud con el pueblo. El pueblo le habia dado el poder el año 36 y en el 40, y él se olvidó del pueblo; la primera vez negándole el sufragio por

la Constitucion del 37, y la segunda vendiéndole por aliarse en el 43 con los reaccionarios. La misma insuficiencia del partido progresista en estos dias hacia avanzar la idea democrática. Los varios pequeños movimientos acentuadamente liberales que por entonces estallaron, demostraban que la idea se elaboraba lenté y silenciosamente. Pero cuando se concluyó la discusion de las famosas bases constitucionales, sobre todo de aquella famosa base segunda, de la que hubiera podido salir ya entonces la libertad de conciencia; cuando se confirmó la monarquía y la monarquía con Isabel II y hubo aquellos famosos varones que votaron contra ella, lo que entonces era un verdadero heroismo; cuando se vió que no habia libertad para los esclavos de las Antillas á pesar de la proposicion presentada para ello por algunos diputados demócratas, y que no habia tampoco libertad completa para el pensamiento, llevado al jurado de continuo, empezó á reinar profundo silencio. A poco vino el 56, aquel mónstruo habido en el deforme contubernio de dos hombres, O'Donnell y Rios Rosas. Entonces, cuando el partido progresista pagó con su sangre y con su ruina la necedad de aliarse con sus eternos asesinos, entonces fué, cuando comenzó la verdadera y pacífica propaganda de la idea democrática, y esta mision tocábale en gran parte á Castelar.

Era lógico. Si, en mi entender, ha sido enviado á alguna cosa al mundo, ha sido á propagar el credo democrático. Toda idea progresiva en la historia, no es, ni mas ni menos, que una nueva puerta que se abre al bien: toda idea progresiva no es, ni mas ni menos, que una nueva cantidad de felicidad que se derrama sobre

una clase, á veces sobre la sociedad entera. Y para que toda idea nueva cunda, necesita propagandistas en armonía con ella. Quizás el cristianismo no hubiera progresado tanto, por mas que parezca contradictorio, á haber caido en manos de filósofos y de sabios, y no de ignorantes y de pescadores. Aquella doctrina nueva que queria acabar con todo lo antiguo, no encontró originalidad, vida ni sábia entre los filósofos del Pórtico y fue á buscar instrumentos donde habia sencillez, esperanza en el porvenir, fé y entusiasmo. Algo de esto ha sucedido á Castelar. Para mí su gran obra no han sido sus magníficos discursos en las Constituyentes, ni sus oraciones en las reuniones, ni en las sociedades de distintos géneros. Ha hecho mas que esto. En el periodo que media desde el 56 al 65 ha sido la lengua y el corazon de la democracia. Sin él se hubiera hecho este trabajo, claro está, pero se hubiera hecho mas lenta y dificilmente. El instrumento para difundir una idea tan pura, era tan bello y tan á propósito, que se la amaba con solo oír hablar de ella á aquel hombre. Jamás ha existido una armonía mas íntima y mas completa entre una idea y un hombre. Aquella idea necesitaba aquel intérprete. O'Donnell habia creído calmar las ansias del pueblo dejándole, despues de su ametrallamiento de las Constituyentes, una libertad relativa y se gozaba creyendo que habia salvado á España de los furios de la demagogía. Como Voltaire creia que los tronos eran eternos cuando tan próxima estaba su ruina, así creia O'Donnell que no se volveria á oír hablar en cien años de democracia. Y se engañó, porque las ideas no se detienen porque así plazca á un hombre.

Y para mayor desgracia de las ideas eclécticas de aquella agrupacion de apóstatas y de tránsfugas que se llamó Union liberal, y para desdicha tambien del partido moderado que veía aproximarse el fin de sus dias, Castelar empezó á predicar la democracia desde la cátedra de Historia de España de la Universidad Central. Hizo oposicion á esta clase—era el año 57—y despues de unos brillantísimos ejercicios los jueces no pudieron menos de dársela. Y lo mas asombroso fué que obtuvo esta cátedra durante el ministerio Narvaez. El tirano de calañés no habia podido resistir el impulso de la providencia secreta de las cosas y habia dotado á la juventud con un maestro de la democracia. Tales son los contrastes de la historia: el partido moderado hizo mucho en favor de la facultad de filosofía y letras y de esa facultad habian de salir hombres como Sanz del Rio, Salmeron y el mismo Castelar, que no solo habian de pelear con él rudas batallas, sino que habian de ser la masa que deshiciera en definitiva todos los partidos medios.

¡Y qué sitio mas á propósito que la cátedra para infiltrar en el alma de las generaciones jóvenes la idea del porvenir! El evocaba constantemente la sombra de la libertad. En aquel rincon se respiraba tan solo un poco de democracia. Algunos alumnos copiaban: pero los mas dejaban que aquella palabra, que hacia, mientras resonaba, estar en éxtasis permanente, les bañara el alma. Los grandes hombres y los grandes martirios parecian mas grandes aun descritos por aquellos labios. La juventud es la edad de las rosas y del entusiasmo y es muy difícil hacer que ella no ame las grandes causas. Los viejos, con el corazon seco ya, cuando escuchan á un após-

tol cualquiera de una idea que aparece en la historia se encogen de hombros y dicen: «Habla bien:» pero los jóvenes gritan: «Ese hombre me ha dicho lo que yo tenía en el corazón y no sabía decirme.» Allí se aprendían las leyes generales de la historia: en un curso se conocía nuestro modo de ser, el carácter especialísimo de nuestra nacionalidad, las hondas raíces de nuestras libertades municipales, todo lo que es peculiar de nuestro país. Aquella cátedra no puede negarse que fué una tribuna de historia democrática. Los reaccionarios de todos los matices gruñían por lo bajo y decían: «Eso no es enseñar.» El progreso decía: «Enseña el ideal:» Los conservadores callaban, porque no se atrevían á volcar una cátedra de donde salían tantos resplandores.

Insistiremos sobre este punto. Esta cátedra tuvo días aun mas magníficos allá por el 10 de abril. Los relataremos. Siempre es bueno repetir, por mas sabido que sea, que la libertad y la ciencia se parecen á esos álcalis que se volatilizan, sin saber como, del frasco en que se encuentran. Ponedlas cadenas y ellas las romperán. Es una bárbara tiranía la de las ideas muertas al querer sujetar á las vivas. Poned una pantalla y la estrella no se verá; pero la estrella estará allí detrás; inquieta, ardiente, deseando besar con sus rayos melancólicos las frentes juveniles y entusiastas. Así es la idea.

#### XVII.

Habían cambiado los tiempos. Se quería reposo, quietud, bienestar. La nación estaba un tanto

fatigada de dos años de progresismo, poco menos que estéril, y quería mas prosperidad y menos charangas. Si se lloró la muerte del 54, fué, no por lo que hizo, sino por lo que hubiera podido hacer. Era una sombra de libertad desvanecida, y á la libertad se la ama siempre sobre todo cuando se ha perdido. La juventud que se había afiliado á la idea democrática, derramó su lágrima mas pura sobre aquella tumba donde se enterraba el porvenir de la patria. Los alquimistas de la Edad media creían que enterrando un rayo de sol se tornaba en oro al cabo de cierto número de años. Si los alquimistas se engañaban, los liberales no. Cada rayo de libertad que se sepulta, produce despues cascadas de rayos de luz y de redencion. Los filósofos griegos no creían que pudiera concluir nunca la esclavitud; los feroces frailes del siglo XVI no creían que pudiera apagarse jamás la hoguera inquisitorial; Mirabeau moría creyendo haber eternizado con su traicion la monarquía francesa; los progresistas que habían sufrido las perfidias de Fernando VII, los desdenes de Cristina y las ingraticitudes de Isabel, no creían que pudiera venir la democracia. Se desbandaron á la primera bomba que cayó sobre las constituyentes, como al primer tiro se desbandan las palomas que beben en el arroyo cristalino. Los unos progresistas se echaron en brazos de O'Donnell, los otros siguieron defendiendo con heroica tenacidad sus antiguos ecléticos principios que, mas que para dar libertades á la nación, habían servido para dar mártires á la historia. Pero, en verdad, aquella libertad muerta en los negros días del 56, había que llorarla y que esperarla á la vez; se necesitaba un poeta para cantarla, y un orador para

recordarla. Y por un acaso verdaderamente providencial aquel orador y aquel poeta que la idea del porvenir andaba buscando para encarnarse en él, los halló reunidos en un solo hombre, en el orador, ya notable del Teatro Real.

Siempre que el hombre quiere, halla manera y forma de propagar la idea que lleva impresa en el alma con eternos caracteres de luz. Desde la conversacion hasta el discurso, desde el folleto siempre ligero, hasta el libro meditado y grave, todo es bueno para la propaganda. Si habia amado Castelar con entusiasmo y fe la idea democrática, la amó mas cuando vió que los unos la abandonaban por cansancio ó por cobardía y los otros por un pedazo de pan, apóstatas mezquinos en la hora solemne de la desgracia, que debe ser siempre la hora de la virilidad y del heroismo. Pierrad aun no era republicano, como que era uno de los que habian bombardeado las Constituyentes, y Escosura se iba preparando á dejar de ser progresista. La traicion de este llenó de angustia á las almas mas alentadas y creyentes. Era como si á una vírgen de Murillo se la hubiese encontrado en un cuadro de otro pintor célebre, entre una turba de rameras y prostitutas. Le borraron de la lista de socios de la tertulia progresista; le maldigeron, le escomulgaron; dejaron de él en sus periódicos todos los vituperios posibles. Pero les sucedia lo que á la madre cuya hija única de ojos de cielo y de mirada de ángel en otro tiempo, ha abandonado el techo paterno por un hombre que la ha degradado y envilecido; la maldice, pero la ama. Los progresistas hicieron lo propio, le anatematizaron, pero no le pudieron olvidar en mucho tiempo.

Eran los cinco años famosos, aquellos cinco

años que Gasset y Artime llamó en un libro que Dios no quiso que llegara á ser célebre, los cinco años de buen gobierno. Es preciso que pintemos la fisonomía de este quinquenio para poder relatar mejor lo que Castelar hizo en él. La época es el cuadro, el hombre es la figura que se mueve en él. En las Cortes estaba aquella minoría progresista tan valiente y tan decidida. Sagasta aun no habia descubierto toda su bilis, ni Ruiz Zorrilla toda su candidez, ni Olózaga todo su reaccionarismo: Calvo Asencio solo era el que habia descubierto su alma entera donde se celebraba un culto diario, permanente, eterno á la libertad que era la vírgen de sus sueños y la esposa siempre immaculada de sus amores. Se habia distraído un poco la atencion de las gentes con la guerra de Africa. Habia habido vítores, músicas, iluminaciones, alegría popular. Si la libertad faltaba, en cambio se permitia tocar el himno de Riego. Era un desquite que se daba al viejo partido progresista. Sus hombres mas caracterizados decian, que si otra vez subian al poder, no serian tan cándidos y tan inocentes como hasta allí; pero los unionistas se reian, estando seguros de que el partido progresista estaba condenado ó á eterna chochez ó á eterna infancia, lo que es lo propio. Se compraban conciencias, se compraban hombres, se compraban periodistas, se compraban periódicos. Alarcon y Nuñez de Arce iban á la guerra de Africa progresistas y volvian unionistas. Milagros del viento del desierto que barre las ideas del alma, decian algunos. Aquel doctor del escepticismo y de la mentira, aquel pontifice del sarcasmo y de la corrupcion, que se llamó Posada Herrera, se frotaba alegremente las manos y exclamaba: «Esto va bien,» y luego dirigiendo

una mirada á aquella minoría progresista que gritaba, que pateaba, que gemía, que ahullaba, se decía: «No lo hace mal del todo: me gusta esa comparsa.» Posada Herrera codeaba á O'Donnell y este se sonreía, no se sabe si porque se sonreía siempre ó porque en aquel momento tuviera alguna idea en la cabeza, cosa muy difícil no solo en él, sino en todos los principales generales de aquel tiempo.

Cuando una madre, de esas que hay pocas por fortuna, que venden la honra de sus hijas, la entrega al hombre que la codicia y la pobre muchacha viene despues á ella con el cabello suelto, las mejillas encendidas por la vergüenza y la frente ceñida con la corona de aquel sacrificio de infamia y de ignominia, la madre mónstruo la abraza cariñosamente, la besa en los labios rojos y la dice: «¡Tonta! no tengas cuidado. ¡Verás que bien estamos! ¡Hay tantas como tú!» Cuando Fausto se duele amargamente y se queja á Mefistófeles de haber seducido á Margarita, Mefistófeles le contesta con aquel tremendo sarcasmo: «¡Bah, no es la primera!» Cuando la minoría progresista pedía libertad, un día, cansado ya de oír repetir siempre lo mismo, se levantó Posada Herrera y dijo aquella frase célebre: «¿Qué pedazo de pan se dá á un pueblo cuando se le concede un derecho?» y él que se reía de todo viendo á España aherrojada, debió añadir por lo bajo: «¿Estás esclava España? ¡Bah! ¡hay tantos pueblos como tú!» O'Donnell que en medio de todo tenía algo de niño, y que se acordaba con disgusto profundo del bullicio y de los motines del bienio, se decía para sus adentros: «Decididamente este Posada Herrera tiene razon.» Delirios todos inocentes y cándidos que debían ser

barridos de allí á poco tiempo por el progreso.

Se concedía un crédito extraordinario de dos mil millones y se gastaban: se hacían cuarteles á toda prisa: se proyectaba hacer una catedral y no había dinero para ella: en palacio dominaba un grupo de pretorianos con entorchado y faja: la propiedad estaba en alza porque se consumía, no solo la riqueza de cualquier época normal, sino la riqueza también de infinitas futuras generaciones: no se hablaba de bancarrota y se pagaban bien los intereses de la deuda, pero los que pensaban algo, solían decir: «La abundancia de hoy es la bancarrota del porvenir:» se gastaba adelantado el importe de los bienes nacionales que quedaban por vender: se anexionaba á Santo Domingo y se enviaban expediciones al Pacífico: se hablaba de colocar á España entre las naciones de primer orden, y los tenderos ricos, los comerciantes, los bolsistas, los hombres de negocios, y algunos caciques de las aldeas, es decir, todos los burgueses de aquel tiempo, como hoy se dice, exclamaban llenos de alborozo: «Decididamente este O'Donnell ha venido á labrar la felicidad de España.»

Una parte de la juventud de aquellos días, bien poca en verdad, se había dejado seducir por los halagos de los que gobernaban y estaba con ellos; pero la mayor parte seguía contemplando en silencio el ideal, amándole y esperando su realización. Como el neo-catolicismo es la escoria del absolutismo, así la union liberal en realidad no era mas que la escoria del viejo doctrinarismo moderado. Era aun mas escéptica que aquel, pero menos sábia y menos profunda. El doctrinarismo había representado cierto papel en el mundo. Había sido una transición para mejores ideas: la

union liberal no era mas que una degeneracion de las malas. El doctrinarismo habia tenido en su seno á oradores como Alcalá Galiano, á tribunos como Gonzalez Bravo, á juriscultos como Pacheco, á poetas como Campoamor. ¿Y la union liberal? La union liberal habia contado en ella á sofistas, porque no se los puede llamar políticos, como Posada Herrera, hacendistas como Salaverria y á marinos de agua dulce como Ulloa. En verdad, la union liberal no ha sido mas que un pretexto histórico para dar lugar á que las ideas democráticas se formasen y se vigorizasen en la lucha. Tales eran estos dias, dias de preparacion, de combate, de propaganda.

Una de las virtudes mas notables y mas características de Castelar ha sido su amor constante al trabajo. Asi es que puede decirse que no ha tenido nunca tiempo mas que para luchar, discutir y propagar. Si hubiera sido preciso que la idea democrática se hubiera encarnado en algun Jesucristo y este hubiese necesitado otros doce apóstoles para difundirla, se hubieran podido ahorrar muy bien los once, porque Castelar hubiera hecho el trabajo de todos. San Pablo estuvo en todas partes, y casi puede decirse que predicó al mundo todo: Castelar, sino ha estado en persona en todos los pueblos, porque las condiciones en que hoy vive la humanidad son distintas de las de aquella época, lo ha estado con su lengua, con sus artículos, con sus libros. Y si no, ved todo lo que hizo en aquella época, lo que habló y escribió. Un discurso sobre el poeta latino cordobés Lucano, cuando recibió el grado de doctor en filosofía y letras: la *Fórmula del progreso*, ardiente y bello folleto en él que condensaba todo el ideal del partido democrático: la polémica á que

dió lugar este folleto y que él sostuvo en largos y brillantes artículos; sus trabajos en la *Discusion*, sus cartas á Carlos Rubio en defensa de su *Fórmula del progreso* que aquel atacaba en el folleto que publicó con este objeto la *Teoría del progreso*: Sus seis cartas al obispo de Tarazona sobre la libertad de la Iglesia; sus epístolas á los trabajadores de Cataluña sobre la democracia y el socialismo; sus grandes discursos en el Ateneo en el 59 y en el 61, resumiendo los debates sobre el socialismo y la idea del progreso; su magnífico prospecto á la *Democracia*; que era un verdadero folleto lleno de vida y de amor entusiasta hácia el ideal de toda su vida; sus artículos diarios en este mismo periódico; sus notables trabajos publicados en la América sobre Guillermo IV de Prusia y Don Pedro de Aragon; su *Redencion del Esclavo*; su *Catecismo democrático* que es una especie de sencillo evangelio, para el pueblo, de las ideas democráticas, escrito para la mas llana inteligencia de él, en preguntas y respuestas; el manifiesto que en marzo de 1865 le encargaron sus amigos, dirigido á sus correligionarios, en presencia de unas elecciones generales; una nueva defensa de la democracia española que venia á ser como el remate de la *Fórmula del progreso*; sus discursos en la catedral, en las sociedades de distintos géneros y en las reuniones electorales; y por fin, aquellos otros discursos mas estudiados y mas grandilocuentes que ningunos otros, que pronunció en el Ateneo desde el 58 al 61 sobre *La civilizacion en los cinco primeros siglos del cristianismo*.